

# Entrevista a destiempo

---

Ana María Jaramillo

Recién llegada a México leí una nota sobre Sergio Galindo. De inmediato surgió el interés por este autor, pero tuve mis dudas puesto que en varias ocasiones había comprobado que el entusiasmo mostrado por los reseñistas no había sido posteriormente compartido por mí. Autores o novelas que consideraban geniales al leerlos me resultaban menores, o simplemente bien escritas, pero que no dejaban ningún recuerdo imborrable, eran, según mi gusto, prescindibles.

En el caso de Sergio Galindo tuve la suerte de compartir ese entusiasmo, pues al poco tiempo leí *Otilia Rauda*. Sentí que esta heroína me pertenecía, su vida podría haber sido la mía, su forma de amar, de relacionarse social y familiarmente, su amistad incondicional, sentido del humor, su odio y despecho, también podrían ser los míos. Así que la guardé en mi corazón y busqué otros libros de Sergio Galindo, ¿Cuál sería bueno leer? *Polvos de arroz* me contestaron todos, así que fue mi siguiente lectura. Tardé varios días en reponerme.

Ahora era Camerina Rabasa, la que de inmediato identifiqué con mis tres adoradas tías solteras que sólo existieron para criar a su hermano menor, mi padre, y que aún viven en un pueblo colombiano de la zona cafetera llamado Pereira. Lloré por mis queridas tías, por sus amores frustrados, por su sexualidad que nunca investigué, por su bondad a toda prueba que hoy, después de leer *Polvos de arroz*, me es imprescindible. Aprendía a quererlas más. Decidí continuar con el vicio recién adquirido y leí *La justicia de enero*, los cuentos reunidos en *Terciopelo violeta* y *¡Oh hermoso mundo!*, después *El bordo*, *El hombre de los hongos*, *Declive* y *Los dos Ángeles*. Y como alguien que sufre de una compulsión y que desea alargar al máximo su placer tengo reservadas el *Nudo* y *La comparsa*, pues cuando termine de leerlas no tendré con qué continuar. Tal vez exista alguna sorpresa y sus seres queridos nos descubran una obra inédita o inconclusa, pero no debo esperar ese milagro y prefiero racionar mis últimas lecturas.

Atrapada en esta debilidad, deseo que no sea un vicio solitario y me he propuesto contagiar a conocidos y amigos del interminable placer que me producen los libros de Sergio Galindo, y del significado que han tenido en mi vida sus personajes. Algunos escépticos me piden datos, requieren de

razones más allá de la emotividad y la identificación personal, entonces me deshago en explicaciones teóricas que siempre terminan en "tienes que leerlo, no te vas arrepentir, te lo prometo".

También debo confesarles que no me he contentado con leer su obra, he espiado su vida con un resultado muy pobre, sé poco de él: ni una entrevista que me lo pusiera enfrente, ni un dato biográfico, ni un chisme amoroso o literario.

En el ensayo de Jorge Ruffinelli que aparece en el libro que hoy se presenta, recuerda una conferencia en 1965, donde Sergio Galindo le dice al público "Espero que para ustedes no sea tan desagradable como para mí entrar en esta sala". De lo poco que he podido conocer del autor como persona, éste fue el dato más revelador. ¿Extraño sentido del humor o paralizante modestia, como señala Ruffinelli? No lo sé. Me quedará con la curiosidad porque nunca podré preguntárselo.

Hace un par de meses decidí entrevistarlo. Pedí ayuda a la gente que podía ponerme en contacto. Se habló con su esposa y ella, con gran amabilidad, nos comunicó que él ya no quería conceder entrevistas debido a su estado de salud. Un sentimiento de pudor y respeto nos hizo declinar su invitación a visitarlo y me quedé con la frustración de no compartir un poco de su mundo.

Me hubiera gustado preguntarle por qué narraba la vida de sus personajes desde la niñez hasta la ancianidad y/o la muerte. ¿Alguna fuerza lo impulsaba a no abandonar sus personajes hasta que se cerraba su círculo vital?

¿Por qué esa fascinación por las etapas del deterioro, de decadencia de los seres humanos, de las casas, de los pueblos?

¿Se trata acaso de una estética de lo usado hasta el límite, donde la evidente huella del tiempo ya no permite maquillaje ni compostura?

¿Qué pensaría de la opinión que se tiene de que su obra se centra en la vejez y la muerte? ¿No será más bien que al contar la vida completa de un personaje hasta su etapa final, se hace un recuento de muertes, nacimientos, bodas y todo tipo de calamidades, no será que los momentos felices no se guardan en la memoria, y son tan simples y discretos que ni los alcanzamos a registrar?

Veo su obra como la de un humanista interesado en la condición humana y en la búsqueda de un sentido de la vida, lleno de tolerancia, bondad, comprensión frente a los vicios, las incompetencias y los miedos, y no como la de un moralista o religioso según lo señalan algunos críticos. ¿Estaré en lo cierto? Continúo preguntándole a él, a mí misma.

¿Por qué se habla tan poco del sentido del humor de sus personajes? Acaso porque no se mueven en el terreno del albur y la broma refres-

cante, sino entre lo ridículo, patético, despiadado y autocrítico. Humor que alcanza para esbozar una sonrisa y un ¡no es posible tanta mala leche pero cómo me divierto! Humor que se deriva de la conciencia de la pérdida de unas formas y que se enuncia como autobroma. Tal vez el sentido del humor de un ocioso que anda con una lupa buscando con qué entretenerse. No lo sé.

¿Cuántas dudas, cuántas preguntas que ya no podré aclarar con él. Tal vez mi propia vida, mi acercamiento a los seres humanos con esa lupa implacable que utilizó Galindo me ayude a encontrar respuestas.

Me queda lo más grande, lo que resume todo, la clave: considero que en esencia la obra de Galindo nos habla del miedo, del Miedo con mayúscula, del miedo a la muerte, a la vejez, al deterioro físico, al amor, a la autoridad, al desorden, al juicio de los otros.

La angustia que este miedo produce en sus personajes está presente en todas sus novelas ¿o me equivoco? Una nueva lectura quizá me permita ver lo que señalan algunos críticos, varios sostienen que la vejez es su gran tema. ¿Qué ocurre con el miedo a medida que pasa el tiempo? Creo que aumenta y cuando algún personaje hace un recuento del sentido que tuvo su vida y no halla ninguno que valga la pena, el sentimiento de frustración y la intensidad dramática del personaje llega a su clímax. No se trata de perdedores en el sentido tradicional, pues económica y socialmente no tienen grandes problemas: es cuando miran hacia adentro que conocen su inconformidad.

¿Por qué en general todos estos personajes thanáticos cuando encuentran la fuerza para mostrar su eros se derrumban? ¿Por qué estaban condenados de antemano, como señalan algunos ensayos, o por qué cuando un narrador se ocupa de toda la vida de un personaje y no de una parte, inexorablemente se llega a su derrumbe?

¿Construía Galindo sus novelas con plan preconcebido o como un sonámbulo que dominaba su oficio desde antes de nacer o eran hallazgos de un gran artista ayudado por el azar? El manejo del tiempo, la construcción de los personajes, la resolución de las situaciones son tan acertados que no pueden ser el fruto de un oficio aprendido o el perfeccionamiento de un truco.

Su lenguaje deslumbra, no estorba con el asombro de lo maravilloso, la lectura no se detiene por una frase célebre o inolvidable. Es como esos caminos bien trazados, bien pavimentados, que no permiten reparar en ellos y hacen del viaje una experiencia agradable que no se sabe a qué atribuir. Como los novelistas de antes: Balzac, Víctor Hugo, Zola, Henry James, Joseph Conrad, las hermanas Brontë. Por eso no se emparenta con el realismo mágico ni con la novela fantástica.

No deja de asombrar, por otro lado, que en repetidas ocasiones ("Tío Quintín", *Otilia Rauda*) se hable de la infidelidad de la madre como un hecho devastador, intolerable, lleno de dolor.

¿Por qué esa extraña forma de abordar el amor, la pasión, el deseo en la mujer y ese desgano y búsqueda de paz no encontrada en sus personajes masculinos? ¿Eran estos hombres inventados por Galindo incapaces de sentir una pasión profunda, definitiva? ¿Sólo en la amistad encuentran un sentimiento verdadero, completo, y no pueden ser esposos y amantes apasionados? ¿Son todas estas historias las de una pasión unilateral? ¿Tiene esto que ver con el carácter thanático de sus personajes o con la fatalidad que algunos señalan?

¿Es el paisaje y el clima un pretexto para darle salida a un estado de ánimo, tal vez la melancolía, y lograr elevar la intensidad dramática de las situaciones? ¿Se podría decir que, en este sentido, sus personajes son chejovianos? A pesar de las múltiples referencias y descripciones, la acción transcurre generalmente en espacios cerrados, demarcados. Casi podría hablarse de una puesta en escena, una fuerte marca de su experiencia inicial como dramaturgo.

Finalmente una pregunta que me carcome: ¿Es *El hombre de los hongos* una versión de *Cumbres Borrascosas* de Emily Brontë, en donde Galindo hace gala de su destreza como escritor? Una historia de pasión, con una anécdota similar, impregnada de negro sentido del humor, escrita en tono de farsa que nadie sabe cómo clasificar (José Homero por ejemplo, habla de fantasía medieval) la cual el autor tardó diez años en terminar y que parece escrita de un tirón. ¿Consagración de un gran maestro o suerte de alquimista? Ahora quién puede saberlo, pero tampoco importa mucho no encontrar el género para definir una obra. De este relato habrá material para muchos ensayos y tesis universitarias. Como si fuera un personaje de Galindo, estas preguntas me surgen a destiempo: ¿debí haber llegado a México antes, debí leer sus novelas más aprisa, debí ser más obstinada y agresiva para lograr la entrevista que tanto pensé? Estoy aquí a destiempo, llena de nostalgia y con dos novelas por leer que no me atrevo porque no quiero que se me acaben las historias que Sergio Galindo me tiene que contar.